

Semana Santa

Pregón 1996

GRANADA



*Pregón Oficial
de la
Semana Santa
de Granada*

1996



*Buenos días, bienvenidos a todos,
autoridades, Consiliario, Presidente, pregonero,
hermanos mayores, cofrades, y amigos todos.
Gracias a todos por estar aquí esta mañana.*

Alguien muy querido me dijo hace tiempo que hay una Granada muy distinta de la habitual, la que se vive y se añora desde la distancia. Me confesó que se entiende mucho mejor su sentimiento más profundo cuando se observa desde la barrera de la separación. Y añadió que ser granadino o granadina es un sello pegado con fuerza al corazón y difícil de arrancar. Que no es necesario portar como escudo el nacimiento, sino estar con la tierra cuando ésta nos necesita.

Y eso es lo que hizo nuestro pregonero de la Semana Santa de 1996 cuando se le ofreció la posibilidad de volver a esta su tierra a cantar y contar sus sentimientos y lo aceptó sin dilación, quizá embriagado repentinamente del olor familiar de su Albayzín, o del recuerdo de sus vivencias universitarias, cursando los estudios de Derecho.

Conozco a Jaime Peñafiel hace mucho tiempo, aunque me lo presentaron ayer. Fue una necesaria, aunque inútil obligación protocolaria, porque lo he seguido durante años, dejándome ensoñar con su pluma, lo he disfrutado a través de la pantalla mostrándome aspectos de la información que a veces pasan desapercibidos, lo he oído en la radio junto a una buena amiga de nombre igual al mío, Sánchez de apellido.

Me hace mucha ilusión, no lo oculto, venir aquí esta mañana y presentar, qué pretensión, a un colega. Nombrar a Jaime es pensar en acontecimientos sociales de todo tipo, relacionados principalmente con la realeza. Pero no ha sido nunca un narrador ausente. Jaime Peñafiel nos ha mostrado durante años la cara más humana de las más altas personalidades y nos mostraba más que la piedra de los castillos, el corazón de quienes lo habitan que, a fuerza de estar muy altos podían parecer inalcanzables. Su pluma nos ha acercado, y ese es su mérito, más a las personas que a los linajes. Y convirtió a Beatriz, a Hussein, a Noor, a Silvia, incluso a Juan Carlos y Sofía en una parte más de nuestra vida. Fíjense que maravilla. Hizo de la cercanía un mayor respeto. Hizo del conocimiento, afecto. Que ya saben que conocer es querer.

Pero es que, además de todo eso, que ya merece nuestro elogio, Jaime Peñafiel es un periodista valiente y con maestría. Licenciado en Periodismo por la Facultad de

Navarra, comenzó su trabajo en la agencia Europa Press, teniendo la oportunidad de acompañar a un papa en su primer viaje fuera del Vaticano. El Papa era Pablo VI y su destino, los Santos Lugares.

Quizás su faceta más desconocida es la de corresponsal de guerra, cubriendo acontecimientos tan trascendentales como la contienda de Vietnam, la de Ifni, la de los Seis días entre árabes e israelíes o la argelino-marroquí. Toda una sorpresa quizás para algunos de ustedes, sobre todo los más jóvenes. Jaime Peñafiel se internó también en el dolor y la tristeza de los terremotos de Irán, Perú y Agadir y subió hasta lo más alto el listón informativo como enviado especial en el secuestro del transatlántico "Santa María", en el lejano Brasil. Mucho nos podría comentar también de su viaje en coche durante tres meses por los cincuenta estados norteamericanos, realizando más de 300 reportajes y 5.000 fotografías.

Trabajador incansable, tras su memorable labor como redactor jefe de "Hola", fue director de "la Revista" y decidido impulsor del diario "El Independiente" del que fue fundador, director adjunto y consejero. Hoy, además de sus colaboraciones en "El Mundo" y su espacio diario en la COPE con Encarna Sánchez, prepara un nuevo libro titulado "Y el Príncipe Felipe, ¿quién le salva?" mientras comparte en los escaparates sus dos últimas obras "Dios salve también al Rey" y "La Historia de Hola".

Viajero incansable, escritor de pluma fina, pertinaz observador de lo cotidiano, Jaime Peñafiel viene a Granada a mostrar una cara más íntima de su persona, la que brota de sus sentimientos infantiles, de sus vivencias de juventud, de su reencuentro con la Granada natal, y de su amor por la Semana Santa que vivió durante años y que, su presencia hoy es la muestra, nunca olvidó del todo.

Imagino, y él mismo lo confesaba ayer, cuántos recuerdos habrán surgido al recorrer de nuevo los rincones albaycineros, al buscar en el paisaje la imagen de aquella Granada grabada con fuego en la mente y en el corazón. Una Granada que hoy se siente orgullosa de reencontrar a un paisano universal. Tiene la palabra para todo el mundo cofrade, para toda Granada, el pregonero de la Semana Santa de 1996, el periodista granadino Jaime Peñafiel. Muchas Gracias.

Encarna Ximénez de Cisneros R.
Secretaria Real Federación de Hermandades
y Cofradías de Semana Santa de la Ciudad de Granada.

*Pronunciado por
el Sr. D. Jaime Peñafiel Núñez
el día 25 de Febrero
en la Iglesia de San Jerónimo.*

**PREGÓN OFICIAL
de la
Semana Santa
de Granada
1996**

*Excelentísimas autoridades,
Ilustrísimos hermanos mayores,
señoras, señores y cofrades.*

Me van a permitir que antes de dar lectura al pregón, yo les trasmita a ustedes la profunda emoción que supone para mi estar, primero en Granada, la tierra en la que he nacido y en la que desgraciadamente no puedo vivir; segundo, estar aquí precisamente para esto, para realizar el pregón de la Semana Santa; tercero, les confieso que aquí entre estos muros, hace muchos años yo realicé mi servicio militar, porque aquí en estos muros, en este espléndido y magnífico Monasterio, estaba entonces el Cuerpo de Ingenieros. Antes también de dar lectura al pregón, les confesaré que lo he terminado esta madrugada porque yo pensaba improvisar, pero luego temí que a lo mejor la emoción me hiciera una mala pasada, me quedara en blanco y no supiera qué decir. También quiero aquí recordar a quienes me trajeron a este mundo, a mis padres, a mis hermanos y los amigos con los que compartí esos años juveniles en los que la Semana Santa de las que voy a hablar estuvo tan presente en aquella vida de niño, en aquella vida de joven.



Como les digo, el pregón lo he escrito con el corazón. Cuando el presidente de la Federación de Cofradías me propuso este pregón, como él ha dicho, acepté y tengo que decirles a ustedes que hoy, concretamente hoy y, ayer y anteayer yo tenía que estar en Jordania. Yo tenía una invitación, precisamente de uno de los reyes que ha nombrado mi querida compañera Encarna, para pasar unos días en Jordania, concretamente en Amán. Y acepté a sabiendas que luego iba a renegociar ese viaje. Porque yo esta estancia aquí, este motivo, no lo dejaba por nada.

Hace ya algunos años, aún vivía un ilustre académico de la Real Academia de la Lengua que muchos de ustedes a lo mejor recordarán. Se llamaba D. Federico García Sanchiz, que creo que estuvo aquí alguna vez dando un pregón o alguna conferencia y se le llamaba "el pobrecito hablador". Y era el mayor orador que ha tenido España en los últimos tiempos. Y este académico acuñó una frase que ustedes me van a permitir que yo la utilice para iniciar este pregón. Aquella frase, que yo repito muchas veces, decía textualmente: "Ya vuelve el español donde solía" y vuelvo de la mano de la Federación de Cofradías. Esa manifestación religiosa, popular, entrañablemente popular en Granada que, como los aromas y los sabores y las melodías, perduran siempre en el alma, pero no solamente en el alma, también perduran en mi corazón, y a lo largo de estos 40 años yo no he olvidado. Cuarenta años en los que, como les he dicho antes, desgraciadamente, yo vivo lejos de mi tierra y lejos de mis gentes. "Ya vuelve el español donde solía". Pues no, yo diría que ya vuelve el granadino a su Granada. A su tierra, a sus raíces, para recordar con vosotros uno de los acontecimientos más enraizados de esta Granada: la Semana Santa. Cuando José Antonio Pineda, presidente de la Real Federación de Hermandades y Cofradías, me invitó a ser el pregonero de nuestra Semana Santa, recibí la invitación como uno de los mejores regalos que me podían hacer. Yo tenía ciertas reservas, se lo confieso, sobre el sentimiento de los granadinos hacia mi persona. Por ello, tras el primer impacto de la agradable sorpresa pensé: creo que me lo merezco, creo que merezco ser el pregonero de la Semana Santa de mi Granada. Y me lo merezco porque llevo 40 años, los mismos que falto de Granada, siendo el pregonero de mi tierra por el mundo entero que he recorrido centenares de veces. Y sí, como el Tenorio, "a las cabañas bajé y a los palacios subí", siempre lo hice llevando el nombre de Granada no sólo en el corazón, que eso atañe a mis sentimientos y que solamente vale para mí, sino también en los labios, que eso vale para la gente de mi tierra. Porque antes que nada les confieso que yo soy granadino, luego soy andaluz, luego soy español y si ustedes quieren, hasta europeo. Y cuido con mimo, con mucho mimo para que no desaparezca de mi vocabulario, el entrañable acento granadino. Porque es mi signo de identidad y, ya hablando en francés, hablando en inglés, o hablando simplemente en español, yo llevo conmigo. Porque desgraciadamente sólo puedo disfrutar de tarde en tarde de nuestra Granada, pienso, que la quiero más que la pueden querer ustedes, más que la podéis querer vosotros, porque la siento más en la ausencia y en la distancia. Yo entiendo a mis paisanos, a esos paisanos, a esos viejos amigos que yo me he encontrado estos días por las calles de Granada, que no quieren salir de esta ciudad.



Mi abuelo, que era un ilustre magistrado, tampoco quiso salir nunca de Granada. Y aunque tuvo un padrino que podía haberle hecho, incluso ministro, que era D. Natalio Rivas, prefirió quedarse como muchos granadinos, en su Granada. Porque salir de Granada, se lo digo a ustedes por experiencia es vivir y es sufrir la nostalgia de sus paisajes, de su aire, de sus calles, de sus fiestas, de sus gentes y sobre todo de la Semana Santa. La Semana Santa se hace presente en lo más profundo de nuestra alma donde resuenan muchas veces esas marchas procesionales, como la llegada de la Aurora, Reina del Albayzín, Bajo tu manto, Oración en el huerto o los grifos de San José, muy cerca de donde yo nací.

Habitualmente soy pregonero, dijo mi antecesor el Sr. Arzobispo de Granada, hoy ausente, en su pregón del año pasado. Habitualmente yo, le diría al Arzobispo y a todos ustedes, lo que soy es un periodista. Un periodista que a diferencia del señor Arzobispo, que todos los días tiene el mismo pregón, según él confesó, todos los días mi pregón es diferente. Porque mi oficio no es hablar de Cristo, ni siquiera tratar de vivir como Cristo, sino hablar del hombre, de lo que el hombre hace, sean reyes o príncipes o simplemente de quienes componen el pueblo soberano que es el único soberano. Les confieso que a mi a veces, cuando buscando palabras de sinónimos para referirse a Su Majestad D. Juan Carlos, el Rey, el soberano, yo me niego a aceptar esa palabra, porque creo que el único soberano es el pueblo de este país.

Y yo hablo y escribo de lo que hacen bien y de lo que hacen mal. Y, a veces, hablo y escribo de cómo me gustaría que lo hicieran o, en todo caso, fíjese qué ingenuidad, de cómo me gustaría que fueran.

Yo soy un granadino que ha nacido y vivido, mientras vivió en esta Granada, en el corazón del Albayzín, paraíso cerrado para muchos según el poeta Soto de Rojas. Y nací en un precioso carmen donde, como en el del palacio de las Dueñas de Sevilla y en palabras de Machado, "crece el limonero y el altivo ciprés y el encendido granado". Todo ello perfumado por un embriagador jazmín inmaculado. Este carmen está estratégicamente situado a medias de ese lorquiano trayecto de San Pedro a San José, donde Mora, ese Cristo moreno de la saeta que canta Enrique Morente y que canta con letra de nuestro universal paisano. Mis recuerdos de la Semana Santa, de mi niñez, están prendidos, entre otros, en dos cofradías que todos los años desfilan por mi memoria y que desgraciadamente no pueden hacerlo por mis retinas: la del Silencio y la del Cristo de los Gitanos.

Yo no sé cómo es ahora la Semana Santa de mi Granada, a lo peor, a lo peor, no es esa Semana Santa que como la Granada de Agustín Lara es la soñada por mí. A lo peor, y desgraciadamente, es una realidad esa frase terrible de mejor no volver adonde se ha sido tan feliz. Pero yo estoy corriendo ese riesgo y vive Dios que no me ha defraudado. Porque temo que al igual que las fiestas del Corpus Christi, la Semana Santa de Granada también se haya parecido a la sevillana. Y si Granada no es, por supuesto, ni Valla-



dolid, ni Zamora, ni Murcia, ni Cartagena, tampoco es Córdoba, ni muchos menos Sevilla. Porque Granada tiene cien barrios de Santa Cruz y la Carrera de Darro, ella sola, vale por mil puentes de Triana. Yo reivindico, voy a decir una cosa que a ustedes les puede impresionar, pero yo reivindico desde aquí la Semana Santa de Granada como la mejor de esa España de Pasión y Muerte, como también reivindico desde aquí y por doquiera que voy nuestra buena o mala follá, como los sevillanos reivindican su buen o mal ángel. Y además lo reivindico sin chovinismos, porque uno ha recorrido ya mucho mundo, ha visto mucho mundo como para saber sin agravios comparativos qué es lo mejor. Nadie podrá tener nunca un Albayzín, ni un Sacromonte, ni un barrio del Realejo, ni una Puerta de la Justicia por la que todos los años se produce ese milagro impresionante, estético, de la aparición de la Virgen de la Alhambra, digno espectáculo de un Cecil B. de Mille o de un Steven Spielberg.

Pero yo me quedaré siempre con la procesión que todos conocemos por "el Silencio". Con ese Cristo de la Misericordia cuya imagen de Mora se conserva, se sigue conservando, en una capilla de la Iglesia de San José; donde miren, a mi me bautizaron. Una capilla decorada por aquel pintor que se llamó Gabriel Morcillo y que hizo de Franco, del general Franco, un divertimento. El único hombre que en este país se quedó con el uniforme de gala, y tuvieron que mandar, no sé si a la guardia mora, para recuperarlo. Luego el resultado fue aquel retrato ecuestre que más que general parecía un pequeño jíbaro. Este pintor decoró la capilla del Cristo de la Misericordia a la que yo acudía con mi padre y con mi madre. Y de pequeño, de niño, me sentí ganado por la poética belleza de este Cristo, que mereció la atención de granadinos tan señores y señeros como Gómez Moreno, Rodríguez López Neira, Rodríguez Acosta, Carazo, Gallego Burín, Ronsoro y Moreno de la Cruz, entre otros, y que formaron la primera junta directiva de la que sería la segunda cofradía de la Semana Santa de Granada.

Yo no sabía entonces que esta cofradía del Cristo de la Misericordia llamado por el pueblo "la cofradía del Silencio", es Pontificia por haber sido sus estatutos aprobados por el Papa Pío XXI, y Real, mire que casualidad, por ser el Hermano Mayor Honorario el Príncipe de Asturias, que como todo el mundo sabe es el príncipe Felipe. Yo desde aquí les prometo a ustedes, de todo corazón y suelo cumplir lo que prometo, que voy a interceder, que voy a hacer todo lo posible o lo imposible para que el príncipe Felipe venga a Granada y presida la procesión haciéndose digno merecedor del nombramiento que aunque honorífico hay que ganarse tal honor.

Confieso hoy, que no tengo más experiencia como cofrade que haber salido de soldado romano en la procesión del Santo Entierro. Alguien que se encuentra aquí me ha recordado cuando he entrado que su hermano salió de soldado cartaginés. Yo lo hice de romano; pero sí os digo que aunque tengo pocos recuerdos de la experiencia como cofrade, o ninguno, sí os digo que pocos niños de mi edad en aquellos años, vivía tan intensamente la Semana Santa en torno a la patética figura del Cristo de la Misericordia al que el Miércoles Santo, al mediodía, yo solía acompañar entre la multitud, en su



traslado Calderería abajo hasta la iglesia de San Pedro. Nunca aquella doliente imagen de Cristo me parecía más dulce cadáver que cuando tumbado sobre las andas era llevado desde San José hasta San Pedro. Para mí, la Semana Santa siempre será la noche del Jueves Santo, cuando a las doce en punto, esa hora tan misteriosa, y clavado en una cruz sobre un fingido calvario de lirios y de claveles aparecía siempre ese Cristo muerto en el atrio de la iglesia de San Pedro. Arriba, siempre la Alhambra, más arriba en lo más alto, siempre la luna, que es noche de luna llena. Abajo, el agua del río y jalonando la Carrera del Darro, puentes, casonas nazaríes, baños árabes y el convento. No hay esa noche en el mundo entero, y yo les hablo a ustedes por experiencia, un paisaje de una mayor y sobrecogedora belleza que un niño con un mínimo de sensibilidad podrá nunca olvidar. Aún resuenan en mi alma granadina el sordo golpe del tambor, eco del mismo silencio que acompaña a las hileras de hieráticos penitentes de túnicas y capirotes negros penitenciales, cíngulos de esparto y sandalias peregrinas, cuando no los pies descalzos y hasta lacerantes argollas subiendo Calderería arriba hasta casi la puerta de mi casa. No me digáis, porque no quiero saberlo, que ese Cristo de Mora no es mi Cristo sino una reproducción de Antonio Barbero. No quiero saber que tampoco pasa ya por los granadinos grifos de San José que mereció hasta una marcha y una saeta de Lorca.

Reconozco que yo soy de los que piensan que cualquier tiempo pasado no fue mejor aunque tampoco me gusta la España que vivimos que puede ser mejorable pero aquella de mis recuerdos eran tan pobre, había tan poco al alcance de los españoles que un acontecimiento como la Semana Santa no sólo llenaba nuestras vidas sino que nos hacía participar por entero en ella. Sin distinción de clases sociales, porque Granada es entonces solamente única. Confieso que cuando hace tres días llegué a Granada, no tenía la menor idea de cuál sería el contenido de este pregón. Como diría Santo Tomás, "mi mente estaba cuan tábula rasa" y esperaba que los recuerdos, como la inspiración, llamaran a la puerta de mi corazón. Y durante estos tres días he recorrido, como ha recordado mi querida compañera Encarna, he recorrido físicamente los escenarios juveniles de mi muy íntima y personal Semana Santa. En uno de estos paseos y cuando ya la madrugada caminaba hacia la aurora y al alba, me topé con un espectáculo insólito y surrealista. Yo, afortunadamente, todavía tengo capacidad de asombro y desgraciado el hombre que diga que no se asombra de nada. Yo caminaba ensimismado por el barrio del Realejo muy cerca del convento de las Comendadoras de Santiago y mis recuerdos, en se momento de la madrugada, estaban impregnados del dulce de calabaza del que nos habla ese gran poeta granadino que es Carlos Cano. Y de ese torno de las monjas del que mi madre, a la que yo acompañaba, retiraba almíbares y compotas y tarritos de Fajalauza llenos de cabello de ángel. En tan dulces reflexiones y sensaciones estaba, cuando el sonido de una marcha procesional, no sé si la Soledad y Descendimiento de Higuero y Rosado, o Palio Blanco de Sánchez Ruzafa o Llega la Aurora de Perelló, llenó la noche de sonidos y resonancias de Semana Santa. ¿Estaba soñando? ¿Era realidad? o ¿tan sólo la fantasía de los sentimientos? No. Sorprendentemente,



calle del Realejo abajo y a los acordes de una de esas marchas procesionales caminaba un paso sin toldilla de terciopelo, sin varaes de plata, sin cirio, ni Dolorosa, ni Cristo. Tan sólo una gran parihuela, no de caoba o nogal con cartelas con los escudos de las cofradías y escenas de la pasión, sino una parihuela de humilde madera sobre la que pude ver pesados sacos de arena. Bajo este peso, 32 pares de humildes pantalones vaqueros, 32 pares de humildes zapatillas, 32 costaleros, mecían como se mece en el mar la majestad de una nave, una imaginaria Virgen, un imaginario Cristo, al son de la marcha procesional y la voz del capataz. Y recordé los versos de Gómez Sánchez Reina en su pregón de 1953: "costalero de la Virgen, mécela como tú sabes y éntrala en Santo Domingo, cantándole un Dios te Salve". Y aquella surrealista aparición de madrugada, de la madrugada de ayer mismo, ya les he dicho que el pregón lo he escrito esta madrugada, se alejó por las misteriosas calles.

De golpe y porrazo, la Semana Santa de mi infancia acababa de resucitar en mi corazón. Ya podía empezar a escribir este pregón. Pero aún me quedaba otra experiencia más enriquecedora. Desde el balcón de mi habitación del hotel Alhambra Palace me encontré de repente con otro de los escenarios de mi muy particular y entrañable Semana de Pasión: el Campo del Príncipe. Y de repente me vi de las manos de mis padres entrando en la atiborrada plaza que aquel día era toda ella templo, poco antes de las tres de la tarde de todo un Viernes Santo. Y lo hacíamos, como lo hacen miles de granadinos, para vivir una de las experiencias más sobrecogedoras que podía vivir un niño en aquella época, no precisamente gloriosa: el Sermón de las Siete Palabras. Este pregón, yo podría denominarle "el pregón de mis siete palabras". No hay seguramente en la historia universal dos pasajes más hermosos, más impresionantes que el sermón de la montaña y las siete palabras.

Ustedes recordarán, y ha cambiado mucho el tiempo, que para esta ocasión en aquella época, y los que tengan mi edad puede que me den la razón; para este sermón, concretamente, de las siete palabras se elegían predicadores exaltados, eso al menos a mí me parecía, predicadores histriónicos con un sentido teatral para la puesta en escena de aquellas dramáticas palabras, las últimas que pronunció Cristo en la cruz. Eran predicadores amenazadores, flamígeros que te ponían el corazón en un puño y el pánico en el alma. Mi imaginación de niño, medio asustado, medio subyugado por aquellas terribles palabras, no sólo oía lo que el predicador, por lo general jesuita, decía, sino que durante años no dejaba de mirar a ese Cristo crucificado que preside la plaza conocida por todos los granadinos como el Campo del Príncipe.

Y ¿qué esperaba aquel niño asido a la falda o a la mano de su madre? Pues esperaba que se produjese el milagro del literario Cristo de la Vega, ése que de repente desclava el brazo clavado en la cruz. Cuando el predicador gritaba: "mujer he ahí a tu hijo", a mí me dolía porque mi madre no me miraba. Como yo la miraba a ella cuando oía la segunda palabra: "he ahí tu madre". Hoy, estas palabras, estas siete palabras que pro-



nunció Cristo en la cruz tienen para mí otro sentido. El del drama que miles y miles de familias padecen en nuestro país por culpa de la droga. Esa droga que a tantas madres hace llorar lágrimas de sangre cuando alguien le dice: "madre, he ahí a tu hijo". Yo, como aquellos predicadores de mi infancia, les digo desde aquí a todos esos jóvenes enganchados en la droga "hijo he ahí tu madre". Nunca nadie dijo a mi hija: "he ahí tu padre". Hoy más que nunca, aquellas palabras de Cristo "hijas de Jerusalén no me lloréis, no me lloréis a mí, llorad a vosotras, a vosotras mismas y a vuestros hijos". Estas palabras hoy más que nunca tienen un sentido dramático y real. Posiblemente porque he sufrido como muchos padres, en mi propia vida, el drama de la droga, me gustaría tener la generosidad de Cristo en la Cruz cuando pronunció aquellas otras siete palabras: "Padre, perdónales porque no saben lo que hacen". Me gustaría, pero no puedo, tal es mi dolor. Sólo me resta recordar, y recuerdo todos los días, aquellas otras palabras de Cristo: "Padre aparta de mí este cáliz". ¿Creen ustedes, queridos amigos, que aquella otra palabra que yo oía en la tarde del Viernes Santo en el Campo del Príncipe: "Dios mío, Dios mío, porqué me has abandonado" podemos aplicárnoslo todos nosotros hoy día?

Durante aquel sermón del Viernes Santo, yo esperaba siempre con nerviosa ansiedad el momento inolvidable en el que el predicador agotado ya y rota la garganta, decía: "Y era como la hora sexta y fueron hechas tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora nona, y el sol se oscureció y el velo del templo se rompió, entonces Jesús clamando a gran voz dijo: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró". En aquel dramático momento, el más intensamente dramático de aquella tarde, la hora nona, eran las tres de la tarde y mi madre, de cuya mano aterrado me hallaba cogido, me obligaba a arrodillarme sobre la tierra para pedir tres gracias, tres favores a ese Cristo de los favores de los cuales y según la tradición sólo uno de esos favores me sería concedido. La picardía de un niño como yo, que ante el temor de no acertar, las tres peticiones eran iguales. Hoy, como entonces, yo le pido a ese Cristo de los Favores tres veces tres, para todos vosotros queridos paisanos, la mayor de la felicidad. Muchas gracias.



ESTE PREGÓN
DE LA SEMANA SANTA
DE GRANADA, 1996,
HA SIDO EDITADO POR
LA CAJA GENERAL DE AHORROS DE GRANADA,
ACABÁNDOSE DE IMPRIMIR
EL DÍA 15 DE MARZO,
FESTIVIDAD DE SAN CESAR,
EN LOS TALLERES DE GRÁFICAS GRANADA.